

PONENCIA 2.

MEMORIA Y PODER. LA HISTORIA, COMO EMPRESA CRÍTICA.

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN
Universidad de Castilla-La Mancha

Sumario.- Introducción. 1.- Consideraciones sobre la memoria como actividad social. 2.- La historia ¿ciencia de la memoria social o conciencia crítica?. 3.- La memoria y los poderes en la sociedad: el historiador en el centro del conflicto. 4.- Las legitimidades de nuestra memoria ciudadana. 5.- El historiador y el Estado en España. 6.- Cuestiones para concluir.

RESUMEN

Vaya por delante como tesis que la memoria en las sociedades siempre es una construcción política. Política, en su sentido etimológico de ser propia de la *polis*, porque la memoria colectiva se refiere siempre al modo en que se funda u organiza cada sociedad, o al modo en que se justifica o explica cada cultura, o a los referentes en los que se apoya cada ideología o cada grupo social para argumentar su presente y pretender un determinado futuro. Ahora bien, la memoria, al ser reconstrucción del pasado, no es fiel, esto es, no coincide

exactamente con todos y cada uno de los aspectos de la realidad, sino que se elabora siempre desde experiencia nuevas y distintas. Esto es bien perceptible en la memoria individual: cómo cada uno de nosotros recuerda o, lo que es lo mismo, reconstruye las vivencias de la infancia, la adolescencia y así de las sucesivas etapas de su trayectoria. En todos los casos se encuentra un mecanismo similar, el de la selección: la memoria reproduce siempre seleccionando. En el caso que nos concierne, en el de la historia sobre la que se asienta cada sociedad, este mecanismo es tan evidente como decisivo. La memoria es parte de la historia y es justo la parte que se constituye como referente de la identidad de una sociedad. En este sentido, ésa es una de las funciones que también ha cumplido y cumple la historia, la de construir y administrar memoria a cada sociedad, a cada grupo, a cada cultura.

Es necesario no confundir memoria colectiva con historia ni con conciencia histórica. Trataremos de problematizar en estas páginas la noción de memoria colectiva, porque no existe materialmente esa memoria colectiva sino como una entidad simbólica representativa. En efecto, los actos de memoria siempre son actividades individuales, sólo pueden desarrollarse a nivel individual porque una sociedad, una nación o un grupo no pueden recordar ni hablar, como tampoco pueden comer ni bailar. La memoria colectiva es un capital social intangible que sólo existe en el nivel simbólico y que se plasma en el conjunto de tradiciones, creencias, rituales y mitos que poseen los miembros pertenecientes a un determinado grupo social y que determina su adscripción al mismo. Por el contrario, la historia es un saber que debe constituirse como la disciplina crítica que precisamente desmonta y desvela mitos y mixtificaciones, por más que secularmente haya mezclado contenidos y tareas con la memoria colectiva.

En este sentido, desde una perspectiva disciplinar, es necesario distinguir tres cuestiones. Ante todo, la cuestión más decisiva para nuestro planteamiento, porque es de carácter conceptual y metodológico, se refiere a que la memoria es la dimensión de la historia de la cual todos los demás aspectos son función. Y

esos aspectos o funciones de la memoria son los siguientes: por un lado, la memoria es comunicativa y cultural; también da legitimidad, suministra y cohesiona la identidad al otorgarle un sentido (es su función); y, en consecuencia, cada pueblo tiene su memoria, lo mismo que tiene un patrón y una patrona del santoral católico, o tiene sus héroes o hechos heroicos, de modo que cada memoria adquiere matices tan distintos como que la hay que es memoria insumisa, otra es recuperada, incluso la puede haber sumisa y resignada... Así llegamos a la segunda cuestión o precisión metodológica, que la historia es lo opuesto a la memoria, porque la historia como saber social es una empresa crítica, destructora de identidades y de tradiciones, si se pretende que se constituya como el análisis y explicación de los procesos sociales y no como su justificación, si se quiere que sea el soporte de una conciencia ciudadana que abra nuevos horizontes de futuro y no se ancle en mitos del pasado. De este modo, se llega a la tercera cuestión que nos afecta a todos por igual, que somos las personas individuales las que recordamos, no los colectivos, pero recordamos en condiciones que no hemos elegido. Se trata de los marcos de la memoria que ya planteó Halbwachs con precisiones convertidas en clásicas.

Se trata, por tanto, de unos condicionantes o marcos que se constituyen sobre todo desde las relaciones de poder en cada sociedad. Por eso, a la historia y a la memoria les concierne el poder, esto es, la política. En el caso de la memoria son justo los mecanismos de reconstrucción que definen su proceso de elaboración los que se encuentran en conexión más directa con el poder o con los poderes de una sociedad. Quien tiene en cada sociedad el poder del relato y del discurso, y en las sociedades con escritura el poder del alfabeto, es quien monopoliza la voz que crea memoria. Así ha ocurrido tanto en las culturas orales como en las escritas. Se trata de un poder relacionado con el poder político, o incluso que es parte de éste, según los casos. Por eso, la tesis que se expone es rotunda: si la memoria es una construcción política, en su elaboración tienen un protagonismo inevitable el poder, con capacidad de crear memoria para ahormar comportamientos colectivos e identidades sociales. Las distintas

expresiones del poder, sean instituciones del Estado, medios de comunicación, espacios educativos como la escuela o aparatos ideológicos como los partidos políticos, las iglesias u otros grupos organizados, se constituyen en dirigentes y vehículos de articulación y expansión de la memoria colectiva para unir el pasado con el presente, al individuo con el respectivo grupo social, y producir así un hilo de continuidad con el pasado que trabe la identidad de cada persona con su respectiva comunidad. La razón de ser de la memoria, por tanto, está en el objetivo de reforzar la idea de continuidad en el correspondiente colectivo a través de las sucesivas generaciones de individuos.

Por lo demás, conviene reiterarlo, la historia y la conciencia histórica, aunque se definan como empresas críticas, también están afectadas por las relaciones de poder de la sociedad en la que se desarrollan. Al tratarse de un saber social, la historia, desde Herodoto y Tucídides hasta hoy, se encuentra igualmente condicionada en sus tareas y en el despliegue de las mismas. Todo historiador, como individuo, está inmerso en la memoria de un colectivo y es desde esta identidad desde la que se plantea el ejercicio de su profesión. Habría que rescatar, como antídoto, la consigna de Bourdieu de que “sólo la historia puede desembarazarnos de la historia” y practicar, en consecuencia, un ejercicio de análisis genealógico de las cuestiones que, desde el presente, delimitan las razones de cada historiador. La historia misma tiene una historia o historiografía que reclama ser pensada sociológicamente y ser reflexionada autocríticamente para desvelar los sistemas de verdad que nos afectan como ciudadanos y como historiadores, como investigadores y docentes y también como críticos sociales.

Otras cuestiones:

- la autoridad de enunciar el ser que tiene nuestro oficio, por un lado, y por otro la pérdida de tal monopolio con la ampliación de esa autoridad a nuevas profesiones mediáticas en la actual *sociedad-red*, y todo ello en el contexto de nuevos retos del que el más urgente radica en la construcción de una ciudadanía multicultural.

- Dentro dentro del campo académico, la historia no es precisamente hoy la ciencia social con mayor predicamento. Lo tiene la sociología o la politología, lo tiene sobre todo la economía, e incluso también la antropología. Además, existe una nueva realidad insoslayable que contribuye a incrementar nuestras tribulaciones profesionales: los medios de comunicación masiva son verdaderos intermediarios entre la memoria erudita y el conocimiento vulgar, al igual que entre distintas generaciones. Gracias a ellos los adolescentes de hoy se enteran y –a veces- comprenden lo que vivieron sus padres. Eso, sin mencionar el fabuloso archivo de *historia del presente* que está en la *World Wide Web* de internet. En definitiva, aquel peso que los historiadores tuvieron en un sistema educativo que era prácticamente el único vehículo de información y formación para las clases medias y altas que accedían a los institutos y a la universidad, hoy ha desaparecido.
- Por otra parte, en la era de la globalización, de la *sociedad-red*, es evidente que nos concierne el reto de construir una nueva memoria en sintonía con las exigencias de una ciudadanía planetaria. ¿Suenan a utópico? Probablemente, pero el hecho es que en nuestros medios académicos e intelectuales estamos inundados de obras sobre la globalización y sobre el multiculturalismo, sobre la convivencia y la tolerancia, sobre la sociedad del conocimiento y sobre la ética de la diversidad, pero los historiadores seguimos anclados en la repetición y profundización de nuestras respectivas *memorias nacionales*. El planeta y la humanidad quedan como contexto y trasfondo de la correspondiente historia nacional. Estamos anclados en un saber muy local, sometido a las lindes de los estados.

BIBLIOGRAFÍA:

Françoise BARRET-DUCROCQ, dir., *Academia Universal de las Culturas. ¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia, UNESCO, 25, marzo, 1998, La Sorbonne, 26, marzo, 1998, Buenos Aires, Granica, 2002*

Gerd BAUMAN, *El enigma multicultural. Un replanteamiento de las identidades nacionales, étnicas y religiosas*, Barcelona, Paidós, 2001.

Juan José CARRERAS, *Razón de historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons, 2000

Roger CHARTIER, *El mundo como representación. Historia cultural entre práctica y representación*. Barcelona. Gedisa, 1995

José F. COLMEIRO, *Memoria histórica e identidad cultural. De la posguerra a la postmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 2005

1 Dipesh CHKRABARTY, "La postcolonialidad y el artificio de la historia: ¿quién habla en nombre del pasado "indio"?", *Historia Social*, 2001, nº 39.

Josep FONTANA, *La historia de los hombres*, Barcelona, Crítica, 2001;

Ranahit GUHA, *La historia en el término de la historia universal*, Barcelona, ed. Crítica, 2003.

Jürgen HABERMAS, *La constelación posnacional. Ensayos políticos*, Barcelona, Paidós, 2000.

Maurice HALBWACHS, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, ed. Anthropos, 2004 (ed. or., 1925).

Eric HOBBSBAWM, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998.

Joe L. KINCHELOE y Shirley R. STEINBERG, *Repensar el multiculturalismo*, Barcelona, Octaedro, 2000,

J. Sisinio PÉREZ GARZÓN et alii, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000

Tzvetan TODOROV, *Nosotros y los otros*, Madrid, Siglo XXI, 1991; y Amelia VALCÁRCEL, *Ética para un mundo global. Una apuesta por el humanismo frente al fanatismo*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.